

Reproducción

Número 102. — Tomo VI.

10 de Diciembre de 1923.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 102 * 10 de Diciembre de 1923 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

En el Centenario de Renán

por Alberto Palcos

Cuando después de una dolorosa lucha interna Renán resolvió abandonar definitivamente la vida religiosa, su fe en la ciencia hallábase firmemente consolidada. «El puro amor a la ciencia—escribe—me hizo romper las ligaduras de toda creencia revelada».

Tres años habían trascurrido desde su alejamiento del seminario de San Sulpicio cuando escribió su famosa obra de juventud *El porvenir de la ciencia* que subtituló: *Pensamientos* de 1848. Trátase de un libro brillante y de múltiples facetas, capital para comprender el desarrollo ideológico de su autor. Todo el Renán futuro está contenido en germen en esa robusta producción de los veinte y seis años.

Obra entusiasta y apasionada, constituye un largo e inspirado poema compuesto en loor a la ciencia. Ataca reciamente a los que ríen de ella, a los que frívolamente la introducen en los salones y a los que motejan de pedantes a sus cultivadores. En esto de los pedantes no perdona ni las pullas ingeniosas de Montaigne. Renán no concibe a la sazón el humorismo y menos si se hace contra la ciencia. Este libro suyo está exento de esa ironía alegre y fresca, llena de gracia incomparable, que abunda en sus escritos posteriores; pero ya aparece en él el estilista. Habla en tono solemne y majestuoso. A ratos es algo declamador. En todo pone cierta laica unción sacerdotal.

¿Por qué se enardece Renán contra los detractores de la ciencia? Porque para él la ciencia es sagrada. La ciencia es la nueva religión. Destruye las ilusiones sobrenaturales, las mitologías y los sueños del pasado, para colocar en su lugar «una realidad mil veces superior». «Sólo ella forjará en adelante símbolos. Únicamente la ciencia puede resolver los eternos problemas cuya solución exige imperiosamente su natu-

raleza». Gracias a la ciencia la humanidad llegará a percibir «la verdadera fisonomía de las cosas». No hay enigma que escape a su solución.

La ciencia tiene la pretensión osada, pero legítima, de *organizar científicamente a la humanidad*. Y si esto os parece mucho, al punto agrega Renán que la ciencia «después de haber organizado a la humanidad, organizará a Dios». ¿No lo creéis? Pues de inmediato os replica el ilustre pensador: «Nada debe asombrar al que considere que todo el progreso realizado hasta ahora no es tal vez más que la primera página del prólogo de una obra infinita».

Renán entona un panegírico ardiente a la diosa Razón, cuya soberanía considera ilimitada, y al espíritu crítico que la ciencia desarrolla. La filosofía que a este respecto sustenta descende en línea recta de los enciclopedistas y filósofos franceses del siglo XVIII. La verdadera historia de Francia, dice, comienza con la gran revolución.

Renán, no obstante, parece inclinarse preferentemente hacia una aristocracia ilustrada que se proponga «la tutela

de las masas, esto es, su progresiva exaltación».

En una palabra: para el Renán de 1848 la ciencia es omnímoda. Contiene la verdadera solución de todos los problemas humanos. Supera infinitamente y reemplaza con ventaja a las religiones reveladas. «Únicamente la ciencia puede ofrecer a la humanidad lo que ésta necesita para vivir: un símbolo y una ley».

¿Cuáles son para el Renán de 1848 las relaciones existentes entre las ciencias y la filosofía? En principio, ciencia y filosofía son la misma cosa. La filosofía no es una ciencia especial, sino el aspecto general de todas las ciencias. Postula Renán la posibilidad de una *filosofía científica* (así la llama) que no sea «vana y hueca especulación sin objeto real», ni una ciencia árida y seca, sino una disciplina que, al completarse, es religiosa y poética. «La filosofía es la cabeza común, la región central del gran haz de los conocimientos humanos, en el cual todos los rayos se tocan con idéntica luz» «y no hay línea que, seguida hasta el fin,

no conduzca a este foco». Las ciencias son indispensables al que desee saber filosóficamente. Y según Renán no son las ciencias clásicamente filosóficas las que suministran mayores aportes de verdades generales a la filosofía, sino las ciencias físicas y naturales y las ciencias históricas. La astronomía, la geología, la física, la química, la zoología, la botánica, la fisiología, la etnografía y la historia son ciencias esenciales para conocer la naturaleza recóndita de las cosas, al hombre y el universo. Por eso Geoffroy Saint Hilaire, Cuvier, Humboldt, Goethe y Herder tienen, cuando menos, tanto derecho como Dugald Stewart o Condillac a llamarse filósofos.

Ilustra su concepto planteando un problema concreto: el de los orígenes de la humanidad; algún día será aclarado por la investigación científica y no por la especulación abstracta. Y concluye afirmando: «quien con un ensayo, por imperfecto que fuese, contribuyera a esta solución, haría más por la filosofía que con cincuenta años de meditaciones metafísicas».

Intuye algunos principios generales

muy importantes. Concibe la historia cual un constante devenir. Tiene una como vislumbre de la evolución de las especies. Adviértese en su teoría histórica, la influencia innegable de Hegel y en su visión de las metamorfosis de las especies la de Saint Hilaire y Goethe.

Sorprende por lo penetrante su crítica de la psicología. El capítulo que le consagra constituye el mejor fundamento de lo que actualmente se llama *psicología genética*. Aboga por el estudio de un *embriogenia del espíritu humano*. Enuncia una ley que luégo fué famosa y dió lugar a numerosas investigaciones, cuando adelanta que «cada individuo recorre la línea seguida por la humanidad entera, y la serie de desarrollos del espíritu humano es paralela exactamente al progreso de la razón individual, excepto la vejez, que desconocerá siempre la humanidad, destinada a eterna juventud». Encarece el análisis de la mentalidad del niño y del salvaje, cuya observación encierra «una ciencia del más alto interés». Enuncia la necesidad de estudiar evolutivamente la consciencia y abriga un concepto modernísimo acerca de

la importancia del método patológico. «Es más fácil estudiar las naturalezas diversas en sus crisis que en su estado normal. La regularidad de la vida no permite ver más que la superficie y oculta en sus profundidades los resortes íntimos; en las ebulliciones, en cambio, todo se va presentando en la superficie sucesivamente. El sueño, la locura, el delirio, el sonambulismo, la alucinación, ofrecen a la psicología individual un terreno experimental más ventajoso que el estado regular. Los fenómenos que en este estado casi se borran por lo tenues, aparecen en las crisis extraordinarias de modo más sensible, porque se exageran».

En su vista de conjunto de otras ciencias es igualmente exacto y preciso. Prevé un largo período de estudios monográficos antes de llegar a una síntesis total, imposible de abarcar por un solo hombre en su vasta complejidad. No cree en quienes llamándose filósofos no hayan investigado alguna vez un punto esencial de las ciencias.

Tal, a grandes rasgos, el atrevido pensamiento de Renán en 1848. Apre-

surémonos a decirlo: Renán mantuvo firme lo que encierra de esencial el concepto expuesto en 1848. Lo suavizó, quitó lo que encerraba de unilateral y exagerado, lo depuró por la crítica, pero no renegó de él. Antes bien trató de hacerlo invulnerable a todo ataque.

En enero de 1860 escribió un artículo sobre la *metafísica y su porvenir*. Renán se muestra pesimista con la metafísica y renueva sus entusiasmos por la ciencia. La metafísica ha agotado ya las soluciones posibles. Nadie tiene que demostrar la existencia de la geología o de la filología; en cambio se escriben gruesos volúmenes para probar la posibilidad de la metafísica. La metafísica es la más vieja y la más atrasada de las ciencias. Promete mucho y rinde poco. «Se parece mucho a los sudras búdicos: vastos pórticos, preámbulos inacabables, donde todo se pasa *en anunciar* una revelación perfecta». Todas las verdades nacen de la experiencia científica. Lo que sabemos, lo sabemos por el estudio de la naturaleza o de la historia.

En agosto de 1863 dirige una carta a Berthelot, el egregio químico, rebo-

sante de admiración por la ciencia. La ciencia contiene la verdadera revelación. «La reforma científica del universo es la obra apenas comenzada que surge de la razón». La ciencia gobernará el mundo. Armado de la ciencia infinita, el poder del hombre será infinito. «Saber es poder» según reza la sentencia baconiana.

En esta carta Renán rectifica un concepto. «En otro tiempo—escribe—negué la metafísica como ciencia aparte». Ahora no la niega como un conjunto de nociones inmutables, a manera de la lógica tradicional. Estas ciencias no demuestran nada, «pero hacen bien en analizar lo que se sabe», estando siempre fuéramos de los hechos y sin guardar relaciones con lo existente.

El tono de Berthelot en su respuesta es más frío. Coincide en el fondo con Renán, pero considera que todas las soluciones filosóficas son ilusorias.

Un detalle curioso en la vida de Renán merece destacarse. En los momentos de crisis interna—como la que le sobrevino en 1845 o después del 70—cuando se concentra sobre sí mismo y hace un severo análisis de cons-

ciencia y ausculta el propio corazón, pone en duda muchas cosas, pero su fe en la ciencia se mantiene incólume y sale de la prueba acrecentada.

En 1871 descansa de las fatigas y huye de los dolores y tristezas que le asedian escribiendo sus diálogos filosóficos. No conocemos un himno más lírico y entusiasta a la ciencia que el que se canta en esas páginas hermosísimas donde reviven la dulzura y el encanto de los diálogos platónicos. La prodigiosa imaginación de Renán se complace en pintar las transformaciones capitales que presidirá la ciencia. «En cuanto es teórica, es el universo que se conoce a sí mismo. En cuanto es aplicada, ofrece a la fuerza divina medios cuya potencia no podrá calcularse». «La reflexión sabia penetrará en todos algún día. La ciencia operará la reforma del mundo instintivo; una multitud de cosas que hoy pertenecen a la categoría del instinto pasarán a la categoría de la reflexión». El imperio de la razón—diosa que no cesó de venerar—se establecerá. Entonces la autoridad no será necesaria. La ciencia dará a los hombres la potencia

creadora que la imaginación popular atribuye a los dioses. Ya en la actualidad los espíritus más hostiles a las ciencias deben aprender las matemáticas, la física y la química. En suma, «la soberanía de la ciencia se impone aun a sus mismos enemigos».

En setiembre de 1878, escribiéndole a Berthelot desde Florencia, ciudad maravillosa del arte impercedero, le decía: «Todo es vanidad, excepto la ciencia; el arte mismo comienza a parecerme un poco vacío».

En el transcurso del mismo año de 1878 murió Claudio Bernard, el padre de la fisiología. Poco después Renán lo reemplazó en su sillón de la Academia Francesa, donde también recibiría oficialmente a otro astro científico: Pasteur. En ambas ocasiones Renán ratificó su credo científico y racionalista. Dueño de un estilo mágico, sin comparación acaso en toda la prosa francesa del siglo XIX, tomó el estilo de Claudio Bernard como modelo para disertar sobre el estilo. «Su estilo era el pensamiento mismo» y como «ese pensamiento es grande y fuerte, su estilo igualmente fué siempre grande, sólido y fuerte».

Renán vió trabajar a Claudio Bernard en la cueva obscura donde el eximio fisiólogo instaló su laboratorio y en la que hizo tantos descubrimientos resonantes. El carácter austero de la ciencia se le presentaba en esos instantes en toda su plenitud. «Siente (Bernard) que hace obra de sacerdote, que celebra una especie de sacrificio. Sus largos dedos, sumergidos en las llagas, semejaban a los de los augures antiguos, persiguiendo en las entrañas de las víctimas misteriosos secretos». La felicidad del sabio iguala a la de los que trabajan asegurados en una creencia sobre las cosas divinas. «La ciencia da la felicidad cuando uno se contenta con ella y no se le pide lo que no puede dar».

No se le escapaba a Renán que el cotidiano contacto con la materia general, con frecuencia, una especie de ideología materialista que lleva a explicar todos los fenómenos acudiendo a los vastos recursos de la físico-química, pero que constituye para un espíritu un poco amplio, una fuente cristalina de idealidad moral, cuando se propone el sometimiento de la natu-

raleza al dominio del hombre y el culto asiduo y desinteresado de la verdad. Así lo entendía seguramente el grande y puro idealista cuando meditaba, contemplando a Claudio Bernard, que «el más perfecto idealista es, a menudo, aquel que cree de su deber tener cierta franqueza en llamarse materialista».

Hay mayor idealidad moral en esos materialistas a lo Bernard, a lo Berthelot o a lo Marx, que en muchos vulgares *especuladores* de la filosofía idealista. Interpretada en esta forma, Renán pronuncia la gran palabra cuando dice: «El triunfo de la ciencia es, en realidad, el triunfo del idealismo».

¿Cómo brotó en Renán esa sublime fe en la ciencia? Sin duda, se dieron la mano diversos factores. La atmósfera del siglo envolvía a la ciencia como en una aureola resplandeciente. Las ciencias naturales adquirían un desarrollo estupendo. La física y la química ensanchaban sus dominios con descubrimientos maravillosos que se multiplicaban todos los días. La teoría de la evolución, acontecimiento filo-

sófico capital de la centuria, se constituía definitivamente con los trabajos de Darwin y Wallace, mientras Spencer la erigía en sistema. En su juventud Renán había leído a Saint Simon y sus discípulos, sin permanecer insensible a su sugestión. Y la admiración de Saint Simon por la ciencia es grande. En Francia brotaba una nueva escuela y contaba con muchos prosélitos: la escuela positivista, que osaba desterrar por completo la metafísica del campo de la filosofía. Y aunque Renán consideraba, tal vez un tanto injustamente, que Augusto Comte carecía de originalidad y no había hecho otra cosa que expresar en mal francés lo que en buen estilo habían dicho antes Descartes, D'Alembert, Condorcet y Laplace, lo cierto es que este desdén no lo hizo extensivo a la ciencia positiva. Más: confiesa que la consideró como «la única fuente de la verdad».

Por otra parte, Renán estaba dotado de altas cualidades de investigador científico. El *apetito de verdad* era la moral de su existencia. «Siempre he sido el menos literario de los hom-

bres» — declaración sorprendente en uno de los mayores literatos de todos los tiempos. «El espíritu científico era el fondo de mi naturaleza», «las matemáticas y la física han sido los elementos constantes y fundamentales de mi espíritu». La fisiología y las ciencias naturales excitaron en él un «ardor extremo y me hicieron pensar que si las hubiera cultivado de una manera asidua habría llegado a muchos de los resultados de Darwin que yo entreví». Es por la química, por la astronomía y, sobre todo, por la fisiología general como llegamos a tener verdaderamente «el secreto del ser, del mundo, de Dios, como quiera llamarse». «La intuición del devenir, en la historia como en la naturaleza, era, desde entonces, la esencia de mi filosofía».

Este artista infinito deploraba, por momentos,—como centurias atrás ocurría con Leonardo de Vinci,—el no haberse consagrado por completo a la investigación científica, partiendo de la premisa, evidente a sus ojos, de que la ciencia vale más que el arte. En la recordada carta a Berthelot de

1863 se lamentaba de su preferencia por las ciencias históricas en lugar de haberse dedicado a las ciencias naturales, y especialmente a la fisiología comparada, que antes de los veinte años, en el seminario de Yssy, le apasionaron.

Por último, influyeron mucho sobre Renán sus amistades con esclarecidos hombres de ciencia, cuyo trato gustaba frecuentar. Fué amigo de Claudio Bernard con el que conversaba frecuentemente sobre temas científicos. Pero con quien selló una de esas amistades puras y desinteresadas, que hacen época, fué con Berthelot. Se conocieron de estudiantes. Berthelot tenía diez y ocho años y Renán veinte y dós. Intimaron en seguida y se hicieron inseparables. Se influyeron recíprocamente. El primer producto de esta interacción espiritual fué *El porvenir de la ciencia*. Berthelot influyó decisivamente sobre Renán en lo atañedero al aspecto científico de toda su producción. Renán influyó, a su vez, sobre la filosofía de Berthelot. «Todo lo que pudiera afirmar sobre la concepción del universo,—escribe Renán en

el prólogo de los *Diálogos filosóficos*, dirigiéndose a Berthelot—creo que os lo oí anteriormente. Por otra parte, yo reclamo con honor, una gran participación en la formación de vuestro espíritu filosófico». Añade Renán que es imposible distinguir en sus obras lo que pertenece a uno y otro. Esta amistad ahorró a ambos muchas energías preciosas. Como acicate recíproco y ensanchamiento de los puntos de vista personales debió valer más que cien bibliotecas, que varias décadas de trabajo solitario. La *escuela mutua del genio* que formaron—para emplear una frase aplicada a la fraternal amistad de Goethe y Schiller—demostró experimentalmente, una vez más, la esterilidad de las rivalidades sórdidas, tan frecuentes, y los notables resultados de la estimulación recíproca—habitualmente tan escasa. Bajo el incentivo de una noble amistad las fuerzas intelectuales y éticas se sienten crecer y redoblarse. Renán amaba más—según lo confiesa paladinamente—la obra de Berthelot que la propia, y Berthelot, de su parte, amaba la obra de Renán más que la suya. De aquí

que cuando Renán evoca la ciencia, con su estilo deslumbrador, el espíritu de Berthelot está presente y, en cierta forma, le sirve de inspiración.

Por la ciencia Renán ama a la humanidad y se atiene a la moral. En diversas oportunidades ha estampado la siguiente afirmación: «Amamos a la humanidad porque produce la ciencia, nos atenemos a la moralidad porque sólo las razas honradas pueden ser científicas». En sus diálogos y dramas filosóficos la ciencia es el tema preferido. Próspero, el personaje shakespeariano trasladado a su *Calibán* y a *El agua de Juvencia*, realiza el tipo acabado del gobernante aristócrata y sabio cuyo advenimiento espera como un señalado progreso. Próspero investiga científicamente sin fatigarse, mientras Calibán, recién salido de la animalidad, le arrebatara el poder: símbolo para Renán de cómo marcha el mundo. No importa. Día llegará en que la ciencia y la razón gobernarán a la humanidad. Es más: «por la ciencia el hombre no prolongará considerablemente el número de sus años; pero en

cuarenta años vivirá cien veces más que antes en ochenta».

¿Persistió esta inflamada fe de Renán en la ciencia? A medida que avanzaba hacia la vejez, a sus ideas cristiano-estoicas de los primeros tiempos les iba como injertando algunos elementos epicúreos y escépticos. Juzgado por trazos aislados, desconcierta. Las frases escépticas, raras en su juventud, aumentan con los años y la experiencia de la vida.

Elogió al escéptico. Lo decimos todo si adelantamos que su elogio recuerda a Anatole France.

Con todo, por encima de cualquier otra apreciación, Renán mantúvose firme en los postulados científicos orientadores de su existencia. En su *Examen de consciencia filosófico*, escrito en 1888, se ratifica en su vieja posición. Dos años después escribió lo que bien podríamos llamar su testamento filosófico. Nos referimos al prólogo que compuso a *El porvenir de la ciencia* que pronto haría conocer al público, cuarenta años después de haberlo escrito.

Renán encuentra su libro «áspero,

dogmático, sectario, duro», desprovisto, en cuanto a la forma, de esa dulce eufonía de su estilo definitivo. «Mi religión es siempre el progreso de la razón, es decir, la ciencia». Solamente la ciencia puede mejorar la desgraciada situación humana; pero ya no cree que la solución del problema esté tan próxima como antes. Llevando a cabo un balance de lo que se ha realizado y de lo que queda de quimera, después de casi medio siglo, le invade «un sentimiento de alegría moral bien sensible». «En suma, yo tenía razón. El progreso, salvo alguna decepción, se ha ampliado siguiendo las líneas por mí imaginadas».

Prosigue: «La ciencia continuará siempre siendo la satisfacción del más alto deseo de nuestra naturaleza: la curiosidad; ella suministrará siempre al hombre el único medio que posee para mejorar su suerte». Y ahora viene un cambio de importancia: Renán duda que la ciencia nos suministre la verdad; cree, eso sí, que la ciencia nos inmuniza contra el error. «Ella preserva del error más bien que nos da la verdad; pero ya es algo estar seguro de no

ser engañado. El hombre formado según esas disciplinas vale más, en definitiva, que el hombre instintivo de las edades de fe. Está exento de errores a que el hombre inculto es fatalmente arrastrado. Es más esclarecido; comete menos crímenes; es menos sublime y menos absurdo». No ha perdido del todo su fe en que nos traerá el paraíso. «Esto—se dirá—no vale el paraíso que la ciencia nos arrebatara. ¿Quién sabe si ella nos lo arrebatara?»

Siente orgullo en haberse consagrado a servirla. «Yo tenía razón, al comienzo de mi carrera intelectual, en creer formalmente en la ciencia y en tomarla como fin de mi vida. Si yo recomenzara tornaría a hacer lo que hice y durante el poco tiempo que me resta de vida, continuaré». ¿Estáis decepcionados? No os asiste derecho a ello. La ciencia moderna es joven y lozana. «No hace más de un siglo que trabaja con continuidad en el problema de las cosas. Ha encontrado maravillas que han multiplicado prodigiosamente el poder del hombre. ¿Qué será, por consiguiente, dentro de cien

mil años?» La ciencia nos comunica una gran seguridad.

Renán nunca concretó expresamente su filosofía. Alimentaba una opinión personal al respecto. «La habilidad del escritor—dice—consiste en tener una filosofía y en ocultarla; el público debe ver los arroyos que riegan el paraíso, pero no las fuentes de donde nacen; debe oír el sonido sin ver el instrumento que lo produce». Su filosofía corre desparramada por todos sus escritos. No hemos leído ninguna obra especial sobre Renán. Para formar nuestro modesto juicio personal acudimos a las fuentes directas. Hemos resumido, particularmente en lo que se relaciona con el tema de este artículo, la filosofía de Renán, tal como creemos entenderla.

El amor a la ciencia no se entibia en él en ningún momento. Es inmovible, amor inmortal. Pero el Renán adulto y el Renán anciano rectifican parcialmente al Renán revolucionario de 1848. No por eso cesa de contemplar siempre a la ciencia con ojos de poeta y de visionario. A través

de medio siglo escruta su porvenir con mirada de profeta.

En definitiva, el Renán anciano no cree, como el Renán de 1848, que sobrevenga tan rápidamente el reinado paradisiáco de la ciencia. El escepticismo, rectamente entendido, punto de partida de toda filosofía, en cuanto la duda sistemática constituye la base de toda construcción sólida, algo mordió su espíritu religioso. Ya no cree que la ciencia dibuje en nuestra retina la verdadera fisonomía de las cosas, nos ponga en contacto con el íntimo ser, con la recóndita esencia del mundo y de la vida. Pero tampoco acepta que haya otra forma de conocerlas. La ciencia sigue siendo para él la forma legítima y segura del conocimiento. La ciencia se corrige a sí misma. La verdad de hoy será superada por la verdad de mañana. Pero el error de ayer ha sido disipado por la verdad relativa de hoy. Infiérese de aquí esa profilaxis contra el error que la ciencia ejercita, en opinión de Renán.

El notable historiador de la vida de Jesús estableció, desde un comien-

zo, un vínculo estrecho entre los progresos de la ciencia y el desarrollo de la humanidad. En 1848, proclamó que la ciencia conducirá al mundo hacia el reino de la igualdad y de la fraternidad. Un germen de aristocratismo ya se insinuaba en su doctrina. Ese germen fuese desenvolviendo. Finalmente, Renán convirtiéndose en un enemigo declarado de las concepciones democráticas. No transigía con ellas. Prohijaba un gobierno ilustrado, filántropo y liberal. El advenimiento de Napoleón III, llevado al poder por millones de campesinos atrasados que no conocían otro nombre que el de Napoleón, mágico a sus oídos, y el golpe de Estado posterior, fueron los acontecimientos que llevaron a su ánimo la amargura y el desencanto. La igualdad y el sufragio universal dejaron de entusiasmarlo. (1)

(1) Como Renán, todos permanecen más o menos ciegos ante la evidencia de otros tiempos o de otros lugares, cuando de fenómenos sociales se trata. Solamente nos conmueve o nos convence el hecho del cual somos testigos inmediatos. El advenimiento de un Napoleón III no era cosa nueva en Francia ni fuera de Francia, pero era indispensable para que Renán sintiera personalmente la amargura y el desencanto que en todas las edades y en todas partes

Conceptuaba la desigualdad de las clases como absolutamente injusta, pero indispensable al progreso. Las masas deben ser ilustradas; pero únicamente los genios propulsan el adelanto colectivo. «El fin de la humanidad es producir grandes hombres, y esta gran obra se cumplirá por la ciencia, no por la democracia. Nada se hará sin ellos, ya que sólo por ellos se alcanzará el bienestar. La obra de Mesías, de liberador, la cumplirá un hombre, no la masa. Lo esencial no es producir grandes masas, sino producir genios y público capaz de comprenderlos». Sólo los pueblos abnegados y morales producen genios. «El genio resulta de una porción grande de humanidad que se depura, que

ha producido en las cabezas privilegiadas el sufragio universal de la masa igualitaria. Esta consideración explica por qué es tan lento, tan imperceptible, el llamado progreso moral, mientras se muestra incesante y deslumbrador el avance en el orden físico. En este orden, cada hombre suma a su propia experiencia la de todos los hombres que alcanza a distinguir en el tiempo y en el espacio. Tal es el carácter de las ciencias propiamente dichas—o ciencias positivas.—Esperemos que en alguna época sea también ciencia la sociología.

E. J. R.

se destila, que se concentra finalmente en sí».

El genio crea la ciencia. Y «es la ciencia—dice Renán por boca de Próspero—la que hace el progreso social, y no el progreso social el que hace a la ciencia».

Fiel a su credo, Renán sentía en su vejez abandonar el mundo porque cuarenta o cincuenta años después muchos misterios serían aclarados. «Sabréis—decía dirigiéndose a los jóvenes—cosas que yo no sabré jamás. ¡Cuántos problemas veréis resueltos!» Las transformaciones de las ciencias, la suerte del emperador Guillermo II, el conflicto de las nacionalidades europeas, el giro de la cuestión social, le preocupaban. Descaba vivir para verlas resueltas.

Y bien: nosotros asistimos actualmente a la solución de alguno de esos interrogantes inquietantes. Vivimos la hora más terrible e importante en muchos siglos. Somos testigos de formidables derrumbamientos y de brutales desgarramientos. Y brota sola la pregunta: ¿qué pensaría Renán, si

viviera, de todas estas cosas? De seguro, volvería a realizar un nuevo examen de consciencia.

¿Seguiría anhelando el advenimiento de un régimen aristocrático? ¿Se plegaría al escepticismo? ¿Dudaría de la misma ciencia? ¡Quién sabe! Mas si algo hemos penetrado en el sentido de su obra y en la psicología del glorioso pensador, creemos que, como siempre, Renán, en medio de tantos derrumbes, de tantas ruinas, conservaría invulnerable, enhiesta, su gran fe en la ciencia. Tal vez dudara de todo. El espectáculo de la loca hecatombe, de la desenfrenada ferocidad humana, acaso lo tornara escéptico o lo inclinara hacia un dulce epicureísmo. Pero de la ciencia no dudaría.

Poderosas razones nos inducen a hacer esta afirmación. La principal de todas la anotó Renán en sus postreras páginas: la ciencia no engaña, la ciencia no promete lo imposible. Si el hombre debe guiarse por una visión sintética del universo, esa visión se la dará, en primer término, la ciencia. Será, a lo menos, la visión más firme y objetiva. ¿Que esa misión

no dejará de ser hipotética? Es cierto. Pero ¿quién puede ser dueño de la certeza absoluta? Siempre cabrá a la filosofía el honroso papel de cubrir los huecos numerosos que ofrece una obra imperfecta, aunque imponente, como lo es la ciencia. Y en esto Renán pensaba mejor que Berthelot.

Además, abstracción hecha de sus pronósticos sobre el porvenir del arte, Renán también no se equivocó cuando opinaba que el pensamiento razonador y constructivo de los mejores escritores, científicos y filosóficos, es lo que más habla de la superioridad intelectual del hombre y que bien vale la pena ensanchar con incesantes aportes el legado de los siglos.

La comprensión del mundo, la teoría de la vida, hoy como siempre, nos la dará la experiencia objetiva. Los cataclismos colectivos no pueden obscurecer esta gran verdad. Y en lo que respecta a las aplicaciones prácticas de la ciencia, ¿quién ignora cuánto han mejorado la vida material de los pueblos con portentosas invenciones y sorprendentes descubrimientos? ¿Quién puede negar que el bienestar

colectivo será obra de esas invenciones y descubrimientos?

Cabe una objeción. Formidable es la técnica constructiva, pero también lo es, en no menor grado, la técnica destructiva. La ciencia ha suministrado a la guerra medios destructivos jamás soñados y en un año de conflagración general mueren más hombres que en varios siglos en otras edades.

Pero la guerra no constituye una fatalidad. Es suprimible. La guerra es transitoria y la ciencia es permanente. Ya se vislumbra el día en que la ciencia ahogará a la guerra.

Cuando la ciencia se haga fácil y accesible a todos por el colosal desarrollo de las fuerzas productivas, los ensueños del más elevado idealismo tendrán un comienzo de realización efectiva. En el sentir de Renán lo que hace la perfección del Partenón es que sus partes ocultas están tan cuidadosamente concluidas como sus partes visibles. Lo que llevará a la perfección del hombre es un trabajo penoso y lento de corrección, no sólo de sus apariencias exteriores sino de

sus escondidas taras internas, modelando, en lo posible, la propia vida como una obra de arte, donde ningún detalle, visible u oculto, sea descuidado.

Aquello no será el paraíso ni la felicidad terrenal. Pero se darán las condiciones objetivas para que cada uno sea el escultor de su propia personalidad.

En 1848 Renán refutó los argumentos que se oponían a la ciencia. Después de tres cuartos de siglo cabales se siguen reeditando, sin variar una coma, por parte de enemigos irreducibles. La ciencia es joven—como enseñó Renán—y ha obtenido victorias decisivas frente a las revelaciones sobrenaturales, sus antagonistas tradicionales, viejas como el mundo. La ciencia ya no necesita de alegatos. Se impone sola. Al llegar a esta altura nos gana la sospecha de que hasta este artículo huelga. Menos mal que la sombra venerable de Renán nos cobija.

La ciencia no sólo es joven. Es algo más. Renán con su vida laboriosa y grande ha confirmado este bello

pensamiento suyo: «La ciencia es una cosa joven y supone frescura de alma; cuando llena la vida del hombre, éste cesa de envejecer».

(Hemos recortado, según nuestra conveniencia, como hacemos casi siempre. Ver el original en la *Revista de filosofía* de julio de 1923).

Sr....

Rep. Argentina.

RESPUESTA:

No conozco a ningún escritor de esa región que deba ser tomado por modelo en cuanto a lengua nacional. Los Bello, Caro, Cuervo, Baralt, Restrepo, Isaza, etc., son venezolanos o colombianos. Los escritores de la Argentina, del Uruguay, de Chile, tan admirables por tantas razones, son todavía hoy demasiado despreocupados al hablar. Son maestros nuestros, pero nos exigen un gran esfuerzo para entenderlos. No se dan cuenta exacta de las inapreciables ventajas recíprocas de conservar la unidad de nuestra lengua. De un país a otro, de una región a otra dentro del mismo país, es inevitable que se establezcan diversidades de construcción y de pronunciación; pero es evitable—y urge evitarlo—que se cambie el sentido propio de las palabras. Es alarmante el hecho de que términos muy comunes tengan

ya distintas significaciones en las distintas latitudes de la América latina. Véase un ejemplo. El adverbio de tiempo pasado *reciën*, que para nosotros significa «recientemente, hace muy poco», es usado en la Argentina, aun por distinguidos profesores de letras, como adverbio de tiempo futuro. Así escriben: «el libro que reciën publicaré», etcétera, cuando nosotros diríamos «el libro que publicaré pronto, o en breve, o dentro de poco tiempo», etc.

II. Digase de las etimologías lo que de las estadísticas: son preciosas en manos de unos, y detestables en las de otros.

En todo el mundo se da hoy el mismo sentido a la palabra DROGA. Este sentido es el importante y el que ha de procurarse retener. No sería cuerdo pretender fijar el significado original de una palabra a la cual se puede atribuir raíces diferentes. Para quien tome la raíz teutónica, la idea de droga será la de *seco*; si se toma la raíz céltica, la idea será la de *malo* o *venenoso*; si se prefiere la raíz iliria o la eslava, resulta la idea de *precioso* o *caro*; si la persa, la idea de *engaño*; si la arábica, la idea de *curación*.

Yo le he hecho el trabajo de diccionario: Ud. escoja.

La verdad es que las drogas son secas o secan, son malas o venenosas, son preciosas o caras y sirven para engañar o para curar.

E. J. R.

¡ENSEÑANZA GRATUITA!—¡Gratuita! Queréis decir pagada por el Estado, o sea, por el pueblo. Así, pues, no hay enseñanza gratuita.

Ahora, ¿quién se aprovechará más de la enseñanza gratuita, el rico o el pobre?—El rico, evidentemente; porque el pobre está condenado al trabajo desde la cuna.

Y luégo: ¿cómo conciliar la gratuidad de la enseñanza con la libertad de la enseñanza? ¿El Estado sostendrá igualmente todas las instituciones docentes, blancas y negras, abiertamente opuestas entre sí, en sus fines y en sus métodos?

PROUDHON

*
**

O el Estado es infalible, y entonces lo mejor que podemos hacer es someterle el dominio entero de las inteligencias; o no lo es, y entonces es tan ilógico entregarle la educación como entregarle la prensa.

EASTIAT

*
**

Las palabras propias forman el lenguaje de la razón; las expresiones figuradas, el de las pasiones.

BARTHÉLEMY